

Sociolingüística del tabú

Humberto López Morales
Asociación de Academias de la Lengua Española

1. Mientras que la antropología, la etnografía y la psicolingüística han estudiado abundantemente el tabú¹ y la magia verbal, en lingüística esos temas han conseguido solo la atención de la semántica y de la dialectología.

Los semantistas se han encargado de 1) definir el tabú, junto a su contrapartida, el eufemismo; lo han analizado en cuanto a causa de cambios semánticos, clasificándolos bien como fuerza emotiva, bien como presión social; lo han catalogado como un tipo de connotación, 2) han señalado el aspecto disociativo del eufemismo; lo han visto como un neutralizador de la función de síntoma o de señal que tiene el tabú², y sobre todo, 3) han explicado abundantes casos del indoeuropeo y de las lenguas de ciertas comunidades de habla llamadas ‘primitivas’.

Los dialectólogos, por su parte, se han dedicado a confeccionar nóminas de palabras tabuizadas y de sus correspondientes eufemismos, clasificándolos³. Su metodología suele mantenerse fiel a un descriptivismo muy superficial. En este caso, como en el anterior, aunque los trabajos no son muchos, exigen un análisis especial.

A pesar de las reiteradas llamadas de atención de algunos investigadores sobre la importancia del estudio del tabú desde el punto de vista sociolingüístico, la bibliografía que es posible reunir sobre el tema sigue siendo sustancialmente raquítica. Es verdad que han proliferado las puntualizaciones teóricas y, sobre todo, los escritos amables e intrascendentes, pero aunque algunos de estos trabajos puedan arrojar alguna luz sobre nuestro asunto, falta mucho por hacer en este terreno.

2. No deja de ser curioso que la sociolingüística no se haya preocupado ni ocupado del tabú lingüístico, sobre todo teniendo en cuenta que desde la llamada ‘escuela sociológica francesa’ (Meillet, Vendryes) se reconoce la importancia de la sociedad en

la tabuización de elementos léxicos y en la consiguiente creación de eufemismos. Quizás el silencio obedezca a la creencia de que el tabú y el eufemismo operan en bloque, sin producir diferencias entre sexos/géneros, ni etarias, ni sociolectales ni estilísticas, lo que sin duda los descalificaría como elementos variables indicadores de estratificación social. Esta es la postura asumida por José Pedro Rona (1970), por ejemplo. Pero el uso del tabú, por el contrario, y también el del eufemismo, parecía estar condicionado, al menos, por el estrato sociocultural del hablante y por el estilo empleado en la interacción lingüística. Hasta un lingüista tan alejado de estos intereses como Leonard Bloomfield (1933) reconocía explícitamente que el tabú era criticado en la mayoría de las situaciones sociales, pero que de alguna manera era permitido en otras.

Quizás una de las razones de mayor envergadura que ha desanimado a los estudiosos a entrar en el tema sea el estado, teóricamente precario, en que se encuentra el análisis de la variación léxica, marco no solo justo sino imprescindible para acercarse con seriedad al tabú lingüístico. En el ámbito variacionista es la sintaxis la que sigue acaparando la atención de los sociolingüistas y produciendo unos estudios saludablemente encontrados y polémicos, aunque como es razonable suponer, también hay alguna paja junto al grano maduro.

No es mi intención aquí ni presentar un estado de la cuestión del variacionismo léxico ni entrar en justificaciones pormenorizadas sobre las condiciones que deben reunir las lexías para pertenecer a un mismo conjunto de equivalencias. Son muy numerosos y heterogéneos los estudios que apoyan la existencia de paralelismo semántico entre diversas unidades tabuizadas, las propiamente eufemísticas y las no marcadas o neutrales:

[bicho~daga~hierro/fierro~pipí~pichula~pájaro~tocineta~penca~miembro masculino~parte del hombre~pene]

por ejemplo, constituyen en Puerto Rico un claro ejemplo de lo dicho. Una buena definición lexicográfica de cada una de estas lexías nos hará ver de inmediato que son sinónimos semánticos perfectos; todas ellas, consecuentemente, podrían compartir los mismos contextos lingüísticos, si estos estuviesen al margen de la sociedad. Las diferencias que se observan en su uso, a veces muy profundas y marcadas, obedecen a divergencias de carácter social y sin duda pragmáticas. Paso por alto aquí las posibles

neutralizaciones que puedan producirse en el discurso oral o escrito entre términos de semántica diferente y cualquiera de los del conjunto de nuestro ejemplo: una lexía como *tareco*, que de ordinario significa ‘trasto, trebejo’, podría incorporarse ocasionalmente al conjunto de equivalencias donde se encuentra *pene*, gracias a un contexto como este, que tomo de un texto cubano: ‘El bulto de la portañuela parecía indicar que el tal Marino tenía tremendo *tareco*’. Pero transitar por este camino ahora nos llevaría demasiado lejos.

3. El presente trabajo pone en relación asociativa dos conjuntos de datos, lingüísticos, de una parte, y sociales, de otra. Los lingüísticos fueron recogidos en la misma investigación, pues aunque se contaba con trabajos dialectales y lexicográficos en los que basarnos, nuestros objetivos no aconsejaban su aprovechamiento exhaustivo. Para una primera etapa del estudio se seleccionaron seis lexías, cuya tabuización parecía fuera de duda: tres de ellas correspondían al español general (*culo*, *cojones*, *puñeta*, esta última en el sentido de ‘masturbación’) y otras tres, privativas del español de Puerto Rico (*bicho*, *crica* y *chichar*, *pene*, *vagina* y *fornicar*, respectivamente). Las variantes que cada una de estas lexías tabuizadas produciría en San Juan, su capital, del tipo que fuesen, irían apareciendo al responder a las preguntas del cuestionario.

En cuanto a las variables sociales, dos de ellas pudieron ser utilizadas en el diseño de la muestra: *sexo/género* y *edad*, ambas manejadas en el censo poblacional que sirvió de base al establecimiento de cuotas con afijación proporcional. Lo relativo a la estructura sociocultural (NSC) era tarea relativamente fácil, emprendida con anterioridad en otras investigaciones (López Morales, 1983). Para ello se establecieron tres parámetros de base -*escolaridad*, *profesión* e *ingresos*- adecuadamente cuantificados. Cada sujeto tenía una puntuación final como consecuencia de una sumatoria ponderada, lo que lo llevaba a ocupar un sitio específico en el perfil sociocultural de la muestra. Este continuo fue convertido en cuatro unidades discretas: los estratos o niveles sociales: 1. medio alto, 2. medio, 3. medio bajo y 4. bajo.

El tratamiento que debía de dársele a los estilos era asunto más complejo, pues la metodología creada por William Labov (1966) para estudiar variables fonológicas no era aplicable en este caso. Aunque los investigadores discrepan en otros aspectos, todos los que se han ocupado del análisis del estilo lingüístico coinciden en afirmar que hay

determinados factores que propician el cambio diafásico, es decir, que ciertos aspectos de la interacción verbal obligan al hablante a actuar lingüísticamente con mayor o menor grado de participación de su conciencia lingüística, es decir, prestando mayor atención a su discurso en el momento de producirlo.. Estos factores suelen ser a) el tipo de receptor, b) el tema del discurso y c) el contexto comunicativo. En nuestro caso, el tema era una variable controlada -el uso del tabú y de los sustitutos correspondientes- pero los otros dos eran motivo de exploración. Se pensó en una serie de receptores (un amigo íntimo, un desconocido, el cónyuge, un grupo de colegas, etc.) y en una serie de contextos comunicativos (a solas, en un bar, en un autobús, en una asamblea, en una entrevista, etc.). Se compusieron casi 30 situaciones posibles de interacción verbal y se llevaron a una encuesta previa para saber cuáles constituían en San Juan situaciones motivadoras de la producción de estilo espontáneo (E), neutral (N) y cuidadoso (C). Se seleccionaron aquellas situaciones para las que hubo coincidencia de criterios en más de un noventa por ciento de los casos, por ejemplo:

Hablando con un amigo íntimo del mismo sexo a solas → espontaneidad
Hablando con compañeros ocasionales de viaje en un autobús → neutralidad
Haciendo declaraciones ante un tribunal de justicia → formalidad

Pasaron al cuestionario 12 de ellas, 4 para cada estilo por palabra encuestada.

Las preguntas del cuestionario tenían, pues, la siguiente estructura:

Hablando con un amigo íntimo del mismo sexo a solas, ¿usaría usted la palabra *bicho*?
En caso de que la respuesta fuese negativa, se preguntaba:

¿Qué palabra o palabras utilizaría usted entonces?

Los cuestionarios, completamente anónimos, fueron respondidos en solitario; se devolvieron en sobres cerrados idénticos y sin marcas de ningún tipo. No era posible la identificación del sujeto.

4. La tabulación electrónica de los 171 cuestionarios revisó las 12.312 respuestas posibles (4.104 por cada estilo) y consignó que de este total, los sujetos habían dado respuestas positivas al uso del tabú en un 48 por ciento de ellas (1.974). Una primera conclusión, aunque relativa, que podemos sacar de esta cifra es que la comunidad de habla de San Juan se muestra poco conservadora lingüísticamente. La provisionalidad

de esta afirmación resulta del hecho de que hasta la fecha solo otra comunidad –Las Palmas de Gran Canaria- ha sido estudiada con la misma metodología, y en ese caso, el porcentaje de uso de lexías tabuizadas fue de 37,7%, algo más de 10 puntos de diferencia a favor de la pequeña isla antillana..

Las dos primeras hipótesis de esta investigación quedaron corroboradas empíricamente:

1. Existe relación asociativa entre el uso del tabú y el sexo/género de los sujetos.
2. Existe relación asociativa entre el uso del tabú y la edad de los sujetos.

CUADRO 1

Uso del tabú según sexos y estilos

	A	B	C
M	936/ 23%	290/ 7%	64/ 2%
F	577/ 14%	81/ 2%	26/ 1%

N = 1,974

En efecto, los hombres favorecen la tabuización en un 65,3 por ciento, mientras que las mujeres lo hacen solo en un 34,6. El Cuadro 1 nos deja ver que, aparte de este dato fundamental, el comportamiento de ambos sexos es sustancialmente idéntico en cuanto a la variación por estilos: tanto unos como otras hacen descender sus índices de empleo de los tabúes lingüísticos al pasar del estilo más espontáneo al neutral, y de este al más cuidadoso. Se advertirá, sin embargo, que en todos los casos las cifras femeninas son más bajas.

CUADRO 2

Uso del tabú por generación y estilos

	A	B	C
I	818/ 20%	172/ 4%	57/ 1%
II	543/ 13%	117/ 3%	21/ 1%
III	153/ 4%	82/ 2%	12/ 0%

N = 1.974

Otro tanto puede decirse de las generaciones: a medida que se sube en el espectro generacional disminuye el uso del tabú (53% en la primera generación, 34,4 en la segunda y solo un 12,5 por ciento en la tercera). El Cuadro 2 muestra que, con respecto a los estilos, el patrón de comportamiento es claramente estratificadorio, igual que ocurre con los sexos, es decir, las tres generaciones disminuyen el empleo de tabuizaciones a medida que abandonan el estilo más espontáneo (A) hacia el más cuidadoso (C). Aunque en todos los casos la primera generación va por encima o iguala a la segunda, esta última siempre ofrece perfiles superiores a la tercera: el descenso de los jóvenes –de un 20 a un 1 por ciento- es el más drástico de todos.

CUADRO 3

Uso del tabú por nivel sociocultural y estilo

	A	B	C
1	427/ 10%	136/ 3%	14/ 0%
2	498/ 12%	86/ 2%	27/ 1%
3	459/ 11%	114/ 3%	31/ 1%
4	129/ 3%	35/ 1%	18/ 0%

N = 1.974

Las sorpresas comenzaron al examinar lo relativo a la covariación entre nivel sociocultural y variación diafásica. Lo que esperábamos era un perfil rigurosamente ascendente en cuanto al uso del tabú: al bajar en el espectro social de la comunidad aumentan las tabuizaciones, un patrón estratificadorio como el observado en las dos variables anteriores. Pero no fue así el nivel más conservador de todos fue el más bajo del espectro, y a una gran distancia de los otros tres. En el estilo A, el más espontáneo, los tres primeros sociolectos ofrecen porcentajes de 10, 12 y 11 respectivamente, frente a un 3% del estrato bajo; en el estilo B, el neutral, la situación vuelve a repetirse, aunque esta vez con diferencias mucho menos marcadas; en el C o estilo cuidadoso, los sociolectos extremos del espectro no utilizan palabras tabuizadas en ningún caso (aquí se comportan paralelamente); los sociolectos intermedios también igualan sus porcentajes, pero a 1.

Como se ve, aquí la hipótesis inicial no obtuvo corroboración empírica, pues no fue el sociolecto más alto el más conservador sino, por el contrario, el más bajo, invirtiendo de

este modo nuestras suposiciones iniciales. Cuando se obtuvieron estos resultados no teníamos punto alguno de comparación, por lo que no fue posible postular si se estaba ante una especie de universal, hispánico al menos, o el hecho de encontrar una actitud lingüística más conservadora en el sociolecto más bajo del espectro debía ser explicado como un rasgo idiosincrático de la comunidad de habla de San Juan.

La investigación de Martínez Valdueza (1995) en Las Palmas de Gran Canaria vino en nuestro apoyo. Su tesis doctoral, que seguía las pautas principales de la investigación sanjuanera, reveló que al parecer la segunda de nuestras hipótesis explicativa era la más plausible. En la capital grancanaria, el sociolecto más conservador no era el más bajo del espectro, sino el medio bajo, el 3, aunque en ningún caso las diferencias son tan considerables como las obtenidas en Puerto Rico.

CUADRO 4

Uso del tabú por nivel sociocultural
(Las Palmas de Gran Canaria)

1	1011/41.6%
2.	1592/40.9%
3.	2485/34.9%
4.	2244/37.8%

Sin embargo, si se repara con cuidado en los porcentajes de la investigación canaria se verá que los números pueden agruparse en dos: los sociolectos altos (entre un 41,6 y un 40,9) y los bajos (entre un 34,9 y un 37,8) aproximadamente. El contraste entonces no parece ser demasiado definitivo en cuanto al mayor conservadurismo –relativamente hablando- del sociolecto bajo, sino en el comportamiento del nivel más alto, el más liberal en Las Palmas, y después del bajo, que en San Juan era el más conservador.

5. Otro de los objetivos de la presente investigación, además de ofrecer datos para establecer una estratificación social del uso del tabú lingüístico, era la medición del grado de tabuización de las lexías examinadas, puesto que parecía evidente con solo mirar los datos de frecuencia que no todas estaban tabuizadas en igual grado. Este ‘grado de tabuización’ se midió a través de una fórmula, ejecutada directamente por el programa de ordenador confeccionado *ad hoc* para esta investigación, fórmula que tomaba en consideración diversos factores. El razonamiento que sirvió de base a la

elaboración matemática era muy simple: a medida que el tabú apareciera en más casillas (sexo, generación, nivel sociocultural, estilo) la tabuización era menor; la restricción de casillas, por el contrario, hacía aumentar el grado de tabuización de la lexía. No era lo mismo que la palabra se encontrara en uso en un solo estilo de un solo nivel sociocultural de una sola generación de un solo sexo/género, que ese uso fuese más compartido.

Los número arrojados por la fórmula fueron proyectados sobre una escala de 0 a 100. Las palabras deben conseguir, para quedar catalogadas como tabú, una puntuación superior a 50. Las que obtienen entre 50 y 75 están débilmente tabuizadas; las que sobrepasan esta puntuación, lo están fuertemente en la comunidad en cuestión. Se trata, naturalmente, de una propuesta que puede permitirnos afinar mucho más el análisis del tabú lingüístico: una afirmación como “la palabra Y está tabuizada en la comunidad X y en la Z” no ofrece información demasiado interesante, porque aun siendo esto cierto no especifica si están tabuizadas de idéntico modo o si ambas presentan gruesas diferencias de grado.

Es muy posible que las tres lexías panhispánicas que utilizamos en esta primera etapa de la investigación –*cojones*, *culo*, *puñeta*– estén tabuizadas en todas las comunidades de habla del mundo hispánico, pero de momento sabemos que en San Juan *culo* está débilmente tabuizada, pero cerca de la frontera (73), que *puñeta* está en el límite mismo (75) y que *cojones*, con cerca de 80 puntos, está fuertemente tabuizada. ¿Qué pasará en otras comunidades?

6. Los elementos léxicos que sustituyen –y a veces conviven con el tabú, los eufemismos– son de variada naturaleza: tecnicismos como *pene*, *vagina*, *ano*, expresiones neutras como *órgano sexual femenino*, *tener relaciones sexuales*, eufemismos propiamente tales como *hacer el amor*, *sentadera*, *cucaracha*, e incluso términos, que empezaron siendo eufemísticos en algún sentido y que hoy se han tabuizado completamente: *daga* por bicho, *chocha* por *crica*, etc.

Las seis palabras tabuizadas estudiadas produjeron un total de 14 tecnicismos, aunque usados con una frecuencia muy desigual. La nómina de eufemismos propiamente tales, como era de esperar, resultó más abultada que la de tecnicismos: 48 casos; algunos

alcanzan una frecuencia considerable, pero 19 de ellos, casi el 40% aparecen con frecuencia 1, lo que indica que el abanico se abre aquí mucho, gracias a eufemismos pintorescos pero de escaso uso.

Otro punto de interés es la diferencia que existe entre la cantidad de eufemismos que generan los diversos tabúes estudiados: *puñeta* (6), *cojones* (11), *culo* (12), *bicho* (24), *críca* (28) y *chichar* (28). Sin embargo, de toda la amplia gama de sustitutos que recoge la encuesta para algunos de estos términos tabuizados solo unos pocos alcanzan frecuencias considerables: ‘masturbación’ consigue ella sola el 94 por cien de los eufemismos que los sujetos utilizan para *puñeta*; ‘pene’ alcanza el 73,3 por cien de todos los sustitutos de *bicho*, y ‘testículos’ el 72,8 de los de *cojones*. Entre ‘vagina’ y ‘vulva’ se reparten el 65,2 de *críca*; entre ‘ano’, ‘trasero’ y ‘fondillo’, el 88,3 de *culo* y entre ‘tener relaciones sexuales’, ‘hacer el amor’ y ‘tener relaciones íntimas’, el 73,8 por cien de *chichar*. El *Apéndice* muestra detalladamente estas cifras.

Se sospechará que la frecuencia general de todos estos eufemismos es muy desigual:

CUADRO 5
Frecuencia general de eufemismos

C ⁴	419/10,8
B	542/14
A	624/16,2
E	724/18,7
D	731/18,9
F	824/21,3
N =	3,867

Como se verá con facilidad hay una correspondencia casi absoluta entre el rango obtenido por los elementos del inventario y sus respectivos índices de frecuencias, con la excepción de *bicho* (D) y *críca* (E), cuyas posiciones bailan, aunque con un margen muy pequeño.

Quizás las notas generales más características de esta comunidad de habla, aparte de su poco conservadurismo lingüístico, es que los hombres utilizan más tabúes que las

mujeres y consecuentemente menos tecnicismos y eufemismos, patrón que queda claramente invertido en el caso del sexo/género femenino. Coinciden, en cambio, en ofrecer perfiles descendientes para el tabú y ascendentes para los tecnicismos, pero quebrados, con cúspide central, para los eufemismos. Quizás la explicación más aceptable sea el diverso grado de permisibilidad social de los eufemismos, algunos con principios de estigmatización, como debió de sucederle al tabú que le dio vida, en oposición al tecnicismo, de total aceptabilidad en toda ocasión.

Algo parecido ocurre con el factor generación: la generación joven va a la cabeza en el uso del tabú, seguida de la segunda y de lejos, por la tercera; el esquema es perfectamente estratificadorio. El descenso del perfil diafásico es muy claro. También la generación joven encabeza los porcentajes de tecnicismos y las otras dos siguen idéntica distribución; en contraste con el tabú, el perfil diafásico es ascendente. Los eufemismos son de uso aparentemente más errático; lo que queda claro es que la tercera generación es muy poco eufemística en todos los estilos; las dos primeras lo son algo más, pero mientras los más jóvenes utilizan menos eufemismos en el estilo más cuidadoso, los de la segunda aumentan aquí su número.

Los eufemismos se resisten más a un análisis de conjunto, pues muchos de ellos presentan distribuciones muy propias y apenas comparables. Hay eufemismos ‘femeninos’, los que resultan mayormente patrocinados por las mujeres (la *cosa*, la *cosita*, el *coso* para *críca* o el infantil *pipí* para *bicho*), y los hay masculinos (*hierro/ferro* para *bicho*); otros son claramente generacionales: *partes íntimas de la mujer* lo usa solo la segunda generación, *pájara/pajarita* (para *críca*) las dos primeras, y *entretenerse con el miembro* solo la primera. La tercera generación que, en general, es menos eufemística, no usa términos privativos, ni tan siquiera mayoritarios.

La tabulación de los datos no nos deparó ninguna sorpresa en lo que al comportamiento de los niveles socioculturales se refiere pues, en general, los eufemismos van disminuyendo su frecuencia a medida que se baja en el espectro social: el nivel medio alto obtuvo una cifra de 1.237 ‘sustitutos’, para un por ciento de 31,9; el medio, 1.425, un 36,8 por ciento; el medio bajo, 862, un 22,3 y el bajo, 351, un 9,1. Aunque el patrón no es estratificadorio en sentido estricto, el perfil general ofrece una línea en claro descenso. La situación contrasta con las cifras indicadoras el uso del tabú,

que es absolutamente opuesta; puede decirse, pues, que la distribución social de ambos fenómenos es complementaria: al aumentar la frecuencia del tabú, decrece la del eufemismo.

Gracias al siguiente Cuadro podemos observar que, cuando se particularizan los datos

CUADRO 6
Frecuencia de eufemismos por NSC

	1	2	3	4
C	30,8	38,2	22,9	8,1
B	28,2	39,5	25,5	6,6
A	35,6	33,9	20,3	10,2
E	31,6	36,6	22,8	9,6
D	30,6	39,8	22	7,5
F	33,8	34,2	21,2	11,2
N = 3,867				

en todos los casos, menos en uno *-culo-* (A) el nivel sociocultural medio es el más eufemístico de todos; en segundo lugar, a veces a muy corta distancia *-chichar-* (F), está el medio alto. Por lo demás, se corrobora que los niveles más bajos del espectro son los menos ‘sustitutivos’, como se había señalado arriba. El tabú *cojones* (B) es el más sustituido en los niveles medios, pero no en el medio alto y en el bajo, que tienen sus propias preferencias (*culo* y *chichar*, respectivamente). Se observa, sin embargo, que los campos de variación, que difieren mucho entre los diversos niveles, no presentan tanta espectacularidad entre sí: 1 = 28,2-35,6; 2 = 33,9-39,8; 3 = 25,5-20,3 y 4 = 6,6-11,2. Si se exceptúa el nivel medio alto, los demás ofrecen límites muy cercanos.

Observando estos datos más de cerca, pueden constatar los siguientes comportamientos: a) si el eufemismo es un tecnicismo, no se da en el nivel más bajo del espectro sociocultural (*coito*, *copular*, *eyacular*, *órganos genitales*, *recto*, por ejemplo); b) tampoco obtienen frecuencia alguna los llamados cultismos (*partes íntimas*, *monte de Venus*), o acaso, muy baja (*hacer el amor*); en este apartado deben incluirse el anglicismo (*'balls'*); c) si el sustituto es una palabra también tabuizada pero en menor medida, la tendencia es que los hablantes de nivel sociocultural bajo tiendan a

eliminarla (*meter mano, acostarse, bregar, tota, coño*) o a bajar ostensiblemente su frecuencia (*huevos*); si, por el contrario, se trata de un término muy eufemístico, este último nivel lo patrocina entusiastamente (*hacer fresquerías, traquetear, ahí ‘críca’, pájaro ‘bicho’, fondillo ‘culo’*). Esta postura conservadora del nivel bajo es la misma que se observa en esta comunidad de habla con respecto al uso del tabú. Debe insistirse en que, de momento, ante la falta de estudios que nos permitan llevar a cabo un contraste, no sabemos si se trata de un rasgo idiosincrático o, por el contrario, de un universal hispánico.

También hay eufemismos exclusivos o casi exclusivos de algunos sociolectos: *pájara/pajarita* de los altos, igual que *pipí, meter mano* (para *chichar*) y *tener relaciones íntimas*. *Acostarse* aparece solo en el sociolecto 1, junto a *dormir* y *hacer cuchi-cuchi*; *bregar* solo se da en los sociolectos intermedios, mientras que *traquetear* y el moralista *hacer cosas obscenas* en el más bajo del espectro.

Otro punto importante vuelve a mostrar el extremo conservadurismo del sociolecto más bajo del espectro, que tampoco favorece mucho los tecnicismos, que en su mayoría desconoce, y muy parcamente los eufemismos (‘de esas cosas no se habla’, comentó uno de estos sujetos). Respuestas de este tipo, junto a las notables proporciones de expresiones neutras pueden explicar la curiosa situación. Le sigue el sociolecto más alto, aunque aquí los tecnicismos y en menor medida los eufemismos vienen en su sustitución en proporciones importantes. Los sociolectos intermedios, en cambio, son los más liberales y al mismo tiempo, los mayores usuarios de tecnicismos y de eufemismos, aunque con la variación diafásica ya indicada.

En lo que al comportamiento de los sustitutos en relación con el factor estilístico se refiere, los datos indican de manera precisa que hay un aumento paulatino de eufemismos a medida que los hablantes pasan de estilos más espontáneos a otros más cuidadosos, si bien es verdad que las grandes diferencias se observan entre el menos cuidadoso de todos y los otros: E: 26,1 por cien (1.010); N: 36,7 (1.422) y C: 37,3 (1.443).

CUADRO 7
Frecuencia de eufemismos por estilo

	E	N	C
C	24,1	36,5	39,4
B	23,1	36,7	40,2
A	23,1	36,4	40,3
E	29,3	37,8	33,6
D	26,3	37,9	35,8
F	28,4	35,5	36,8
	N = 3,867		

En el estilo espontáneo, las frecuencias de todos los sustitutos oscilan en la decena de los 20, en el neutral, en la de los 30 y en el cuidadoso, entre la de los 30 y la de los 40. Los esquemas son, en su mayoría, estratificatorios, con excepción de E y D (*críca*, *bicho*, respectivamente) que alcanzan índices superiores en el estilo neutral.

Los términos sustitutos que conllevan algún grado de tabuización no llegan al estilo cuidadoso (*huevos*, *paja*, *maceta*, *chocha*, *bollo*, *popó*, *meter mano*, etc.), o lo hacen con frecuencias bajísimas (*tota*, *chingar*, *bregar*, *chavar* fueron mencionados una sola vez). Lo mismo puede decirse de aquellas voces que se tienen por muy coloquiales (*sentaderas*) o que proceden del lenguaje infantil (*cucú*, *pipí*).

Cuando se comparan los sociolectos con los estilos, queda claro el diverso grado de permisividad social de los eufemismos: mientras que algunos llegan con lozanía al estilo más cuidadoso, otros no pasan (o pasan levemente) del estilo espontáneo: es el caso, por ejemplo, de *meter mano*, *bregar* y *pipí*. Tal circunstancia parecería indicar que estos eufemismos reciben cierta estigmatización en esa comunidad de habla. A pesar de tales características, este análisis muestra que las mujeres son más eufemísticas que los hombres en todos los estilos, sobre todo en el B. Por otra parte, el patrón generacional es bastante irregular: en el estilo A es la primera generación la que hace mayor uso de ellos, seguida de la segunda y finalmente de la tercera. Aunque las generaciones extremas se mantienen fieles a estas proporciones, la segunda, en cambio, aumenta considerablemente los eufemismos a medida que va a los estilos neutral y cuidadoso

(1,7> 3,2> 6,3); es el único perfil ascendente porque las otras generaciones, por el contrario, disminuyen el uso de eufemismos en el estilo C.

Al repasar los datos para sociolectos y estilos el patrón distributivo que emerge es muy curioso: el sociolecto alto disminuye el uso de eufemismos cuando se mueve a estilos más cuidadosos; el medio los aumenta ligeramente en el estilo B para después bajar el porcentaje. En cambio, aunque en verdad se trata de diferencias minúsculas, los dos sociolectos más bajos del espectro aumentan sus eufemismos en los estilos menos espontáneos. Cuantitativamente los sociolectos altos son más eufemísticos: 2,1 es la media para el sociolecto medio-alto y 2,5 para el medio; 1,2 y 0,3 para los dos restantes.

7. Los datos expuestos anteriormente dejan fuera de toda duda razonable que el comportamiento del tabú lingüístico, y naturalmente el del eufemismo, está controlado por los factores sexo/género, edad, y nivel sociocultural de los sujetos; a esta variable social, hay que añadir otra de carácter lingüística, y es la variación diafásica o estilística. Los estudios –muy pocos, en realidad- realizados hasta ahora nos dejan ver una parte de la realidad lingüística, pero es imprescindible la realización de otras investigaciones en diferentes zonas hispánicas para poder llegar a conclusiones mejor fundadas. Es preciso también llegar a conocer el peso específico que estas variables tienen en el cumplimiento de las reglas variables respectivas. Pero todas estas interrogantes, que corresponden al estudio de la competencia sociolingüística, serán despejadas en futuros trabajos

NOTAS

1. Junto a la palabra técnica *tabú* coexisten otras como ‘tacos’, ‘improperios’, ‘palabras malsonantes’, ‘fuertes’, ‘vulgares’, etc. Esta parcela del vocabulario se tiene como ofensiva, y puesto que la ofensa es una forma de agresión, la propia sociedad la prohíbe y la sanciona con métodos variados, a veces incluso mediante leyes. Se trata de vocablos, en principio alusivos a contenidos semánticos muy diversos, pero en las ciudades actuales los temas que los propician son principalmente los sexuales y los escatológicos. Martínez Valdueza (1995), 105.
2. Los hitos mas sobresalientes de estos estudios, publicados a finales del siglo XX, son: Alan y Burridge (1991), Anderson y Trudgill (1990), Arango (1996), Casas Gómez (1986), Hugues (1991) y Zlotchew (1981).
3. El libro de Kany (1960) sobre el mundo hispanoamericano en general, y la excelente reseña crítica de Rabanales (1966-1968), se han avejentado notablemente. Más recientes son los trabajos de Brown (1970) sobre los jóvenes limeños, Grimes (1978) sobre el lenguaje erótico de los mexicanos y Montero (1980) sobre el eufemismo en Galicia. Concretamente sobre el mundo de la prostitución, Casas Gómez (1989).
4. Para la equivalencia entre estas letras mayúsculas y los respectivos términos tabuizados, *Vid.* el ‘Apéndice’ que acompaña a este trabajo.

APÉNDICE

A. *culo*

ano	262/41,8	cucú	3/0,5
trasero	201/32	sentadera	3/0,5
fondillo	91/14,5	culito	3/0,5
nalgas	38/6	<i>bumper</i>	2/0,3
recto	17/2,7	joyo	1/0,1
parte de atrás	5/0,8	agujero	1/0,1

B. *cojones*

testículos	395/72,8	cocos	4/0,7
órganos genitales	46/8,5	timbales	3/0,5
pantalones	43/7,9	gonades	2/0,4
huevos	31/5,7	bolsas	1/0,2
bolas	12/2,2	pelotas	1/0,2
<i>balls</i>	4/0,7		

C. *puñeta*

masturbación	394/94	entretenerse	
paja	15/3,5	con el miembro	2/0,5
casársela	6/1,4	raspársela	1/0,2
		papearse	1/0,2

D. *bicho*

pene	536/73,3	carajo	2/0,3
miembro (masculino)	61/8,3	falo	2/0,3
órgano sexual masculino	51/6,9	parte genital del	
pipí	29/3,9	hombre	2/0,3
pájaro	13/1,8	aparato	1/0,1
maceta	6/0,8	pinga	1/0,1
pistuque	5/0,7	parte del hombre	1/0,1
tranca	3/0,4	berga	1/0,1
daga	3/0,4	genital	1/0,1
hierro/ferro	3/0,4	pitón	1/0,1
huevo-güevo	3/0,4	pichula	1/0,1
penca	3/0,4	pingo	1/0,1
		tocineta	1/0,1

E. *crica*

vagina	344/47,5	popó	5/0,7
--------	----------	------	-------

vulva	128/17,7	eso	4/0,5
órgano sexual femenino	50/6,9	matriz	3/0,4
pájara/pajarita	32/4,4	cuca	3/0,4
el coso	26/3,6	papaya	2/0,3
chocha	26/3,6	parte genital	
tota/toto	15/2,1	de la mujer	2/0,3
coño	14/1,9	órgano	
parte de la mujer	14/1,9	reproductivo	
partes íntimas	13/1,8	de la mujer	2/0,3
ahí	12/1,6	casqueta	2/0,3
monte de Venus	10/1,4	cuchito	1/0,1
bollo	6/0,8	cucaracha	1/0,1
sexo femenino	6/0,8	pelúa	1/0,1
		pelvis	1/0,1
		cocusa	1/0,1
		chomba	1/0,1

F. *chichar*

tener relaciones (sexuales)	307/37	traquetear	5/0,6
hacer el amor	186/22,4	hacer cosas	
tener relaciones íntimas	119/14,4	obscenas	5/0,6
coito	38/4,6	dormir	3/0,4
meter mano	23/2,7	singar	3/0,4
(hacer) el acto sexual	23/2,7	hacer chiqui-chiqui	3/0,4
copular	22/2,6	fornicar	2/0,2
tener sexo	16/1,9	joder	2/0,2
chingar	15/1,8	violar	1/0,1
hacer fresquerías	13/1,6	jugar	1/0,1
acostarse	12/1,4	entregarse	1/0,1
eyacular	11/1,3	echar un polvo	1/0,1
bregar	7/0,8	tener contacto	
chavar	6/0,7	sexual	1/0,1
		hacer cuchi-cuchi	1/0,1
		ir de compras	1/0,1

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allan, Keith y Kate Burridge. 1991. *Euphemism and dysphemisms. Language used as shield and weapon*. New York: Oxford University Press.
- Anderson, Lars y Peter Trudgill. 1990. *Bad language*. Oxford: Basil Clackwell
- Arango, Ariel. 1996. *Dirty words: the expressive power of taboo*. ISBN 1-56821-799-4sc.
- Brown, James. 1970. *Malice and metaphor: Youth's new slang in Lima*. Ball State University.
- Bloomfield, Leonard. 1933. *Language*, New York: Holt.
- Casas Gómez, Miguel. 1986. *La interdicción lingüística. Mecanismos del eufemismo y disfemismo*, Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Casas Gómez, Miguel. 1989. *Contribución al estudio del léxico eufemístico/disfemístico: las designaciones de la prostituta en el español moderno*. Barcelona: ETD Micropublicaciones, S. L.
- Grimes, Larry M. 1978. *El tabú lingüístico en Méjico [sic]: el lenguaje erótico de los mejicanos [sic]*. New York: Bilingual Press.
- Hugues, Geoffrey. 1991. *Swearing. A social history of foul language, oaths and profanity in English*. Oxford: Blackwell.
- Kany, Charles E. 1960. *American-Spanish Euphemisms*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press.
- Labov, William. 1966. Hypercorrection by the lower middle class as a factor in linguistic change. En *Sociolinguistics. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference*, de. por William Bright, 84-102. The Hague: Mouton.
- López Morales, Humberto. 1983. *Estratificación social del español de San Juan de Puerto Rico*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez Valdueza, Pilar. 1995. *El tabú lingüístico: estudio sociolingüístico de Las Palmas de Gran Canaria* [Tesis doctoral inédita], Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas.
- Martínez Valdueza, Pilar. 1998. 'Status quaestionis: el tabú lingüístico', *Lingüística* 10.115-139.
- Montero, Emilio. 1981. *El eufemismo en Galicia (Su comparación con otras áreas romance)*. Santiago de Compostela: Verba. Anuario Galego de Filología, Anexo 17.

Rabanales, Ambrosio. 1966-1968. 'Eufemismos hispanoamericanos (Observaciones al libro de Kany), *Revista Portuguesa de Filología* 14. 129-155.

Rona, José Pedro. 1970. A structural view of Sociolinguistics. En *Theory and method in linguistics*, ed. por Paul Garvin, 199-201. The Hague: Mouton.

Zlotchew, Clarck M. 1981. *Metáforas agresivosexuales en inglés y español*. New York: New York University